

quien mas bien necesita de semejantes instrucciones.

La reimpression que ahora publicamos, sale sumamente correcta, y con especialidad por lo que toca á la remision que hace nuestro autor con sus citas á los sagrados lugares, pues apenas se hallará en esto el mas leve descuido de los muchos que ántes contenia. Creímos propio de nuestra obligacion el rectificarlas para quitar á su obra el único lunar que la obscurecia, segun el dictámen de los mas severos y juiciosos críticos. Por lo demás, todos piensan unánimes debè servir de modelo entre las de su especie.

Esperamos que el benigno Lector disimulará los defectos en que hayamos incurrido, haciéndose cargo de la dificultad que muchas veces ocurre al traducir el delicado é ingenioso pensamiento del autor en unas materias tan delicadas como éstas. Si en ellas hubiese alguna expresion disonante, desde luego nos retractamos, porque nuestro fin no es otro que el de vivir y hablar segun el sentir de nuestra madre la Iglesia.

PANEGÍRICO

DE S. JUAN NEPOMUCENO,

Canónigo de la Iglesia Metropolitana
de Praga, y Mártir:

PRONUNCIADO

*Á presencia de la Reyna en la Iglesia
de los Reverendos Padres Recoletos
de Versalles.*

Silui. Callè. Isaïæ 42. v. 14.

Siempre parece que entre las virtudes que forman á los santos hay una que decide su carácter. Para manifestar el de *S. Juan Nepomuceno*, no es menester buscar el punto esencial que determina su mérito y su santidad en el encadenamiento de sus acciones, en la multiplicidad de sus trabajos, ni en la variedad de sus sucesos. Del seno de su sepulcro y de esos altares consagrados á Dios baxo su nombre (1),

A 4

sa-

(1) Altar de San Juan Nepomuceno en la Iglesia de Recoletos de Versalles.

sale una eloqüente voz, que al paso que nos dice fué el honor del sacerdocio, el apóstol de la corte, y el ornamento de su siglo, nos asegura tambien, que por su silencio fué el apoyo y defensa de la Religion. *Silui.*

Aquel silencio invencible que exigen de los ministros de la confesion las leyes divinas y humanas, fué para *Juan Nepomuceno* el feliz principio de su muerte; será el eterno origen de su gloria, y debe ser tambien el principal asunto de su elogio. Durante su vida le impuso la Religion este deber, el qual le grangeó despues un gran mérito en la Iglesia (1). En efecto, baxo esta idea es, segun parece, que singularmente le propone como modelo á los ministros de Jesu-Christo, como reparador á los fieles, como testimonio á los hereges, y como prueba de la inviolable confesion á los incrédulos; y baxo este punto de vista es como tambien intento yo representárosle.

Juan Nepomuceno es el imitador de Jeremías por su zelo, de Juan Bautista por su firmeza, y de Cipriano por su constancia. Por su silencio no es comparable mas que consigo mismo. *Silui.*

La predicacion le dispuso para sí. *Punto primero.*

El martirio fué su recompensa. *Punto segundo. Ave María.*

(1) *Invictum silentium.* Orat. de San Juan Nepom. in Off. Rom. Brev.

PRIMERA PARTE.

Desde el principio de la Iglesia se vieron apóstoles y mártires que emplearon en defensa de la Religion los poderosos encantos de la eloqüencia, y la fuerza victoriosa del razonamiento. De esta suerte consiguieron los primeros triunfos de la fe los Pablos, los Justinos, y los Ireneos. *Juan Nepomuceno* debia emplear nuevas armas y nuevos géneros de argumentos en defensa del Christianismo; esto es, el silencio. *Silui.* Pero su silencio no fué, por decirlo así, sino el fin y la conclusion de un apostolado anunciado por los talentos mas prodigiosos, cimentado por los trabajos mas útiles, é ilustrado por el mas generoso desinterés.

Si el secreto de la confesion no tuviera por defensor mas que á un hombre respetable por su santidad, sin serlo por sus luces, admiraría su silencio, pero no solicitaría una irresistible demostracion contra los enemigos de la confesion. La sangre de aquel nuevo mártir, no disminuiría la fuerza de sus preocupaciones; creerían no ver en su constancia mas que el efecto de un zelo inflexible. Su muerte les parecería, por su conciencia engañosa, el justo castigo de un vasallo rebelde á las órdenes del príncipe, y aun quando tributáran elogios á su fe, se los negarian á su erudicion. La virtud edifica: la ciencia instruye.

Pero ¿qual es el héroe christiano de quien yo me aurevo á asegurar, que su silencio es

un irrefragable testimonio en favor del secreto de la confesion? Nada ménos es que uno de aquellos raros ingenios, con cuyos sublimes talentos se sostiene é ilustra universalmente la santidad. Si él hubiera visto nacer los errores que se difundieron contra el Sacramento de la Penitencia, hubiera sido su terror y su mas terrible azote. Hubiera demostrado, tanto con su lengua, como con su pluma, que el secreto de la confesion es otro tanto mas inviolable, quanto ella en sí es de sagrada: y que oponerse contra qualesquiera de estos dos puntos de la Religion, es oponerse igualmente á la fe de los apóstoles, de la Iglesia, de los padres, de los concilios, y de todos los tiempos.

Apénas nació, quando unas señales misteriosas indicaron á la Bohemia el tesoro que encerraba (1). ¡O maravillosa brillantez, que rodeas la cuna de *Juan Nepomuceno*! tú eres una señal nada equívoca de las vivas y persuasivas luces que esparcirá bien presto en las ciudades y en la corte, en la carrera de las ciencias, en la cátedra de la verdad, en el tribunal de la penitencia, y, en suma, por quantas partes se exercite su zeloso ministerio: pero ¿por donde no se exercitará?

Nacido *Juan Nepomuceno* en el seno de la indigencia, no habia recibido de sus padres mas que la fe y la piedad; mas aquellos hombres destinados por la Providencia para ser los

(1) *Hymni in Honor. B. Joan. Nep.* Estos Hymnos fueron compuestos de orden de la Reyna.

los oráculos de su siglo, no permanecen mucho tiempo desconocidos. La superioridad de sus talentos, suple comunmente en ellos la baxeza de su nacimiento. La reputacion que adquieren, es otro tanto mas lisongera, en quanto no la deben sino á la gloria de su mérito.

Como que ya empezaba la Bohemia á no sentir aquellos desgraciados tiempos en que no se cultivaban las artes, y se hallaban las ciencias sin maestros, y los ingenios sin emulacion; quando las tinieblas de la ignorancia se fueron disipando insensiblemente, y se atrevia ya el espíritu á hacer nuevos ensayos. Interesados el império y la Religion en la restauracion de las bellas artes, proporcionaban asilos favorables donde se procuraban formar talentos capaces de hacer revivir la eloqüencia, la filosofia, la jurisprudencia, la teología, el espíritu, el gusto y el sentimiento.

Cárlos IV. (1), apoyo de la Iglesia, restaurador de las ciencias, y amigo y modelo de los sabios, acababa de instituir aquella célebre Universidad, en la que Praga veia formarse tantos maestros hábiles, quantos las ciencias cuentan entre sus héroes, el império entre sus sabios y la Iglesia entre sus apóstoles. ¿Quántos nombres famosos merecerian aquí ser elogiados, si no fuera porque les borra y obscurece á todos el de *Juan Nepomuceno*, aun mas ilustre que ellos?

En efecto, se presenta en aquella floreciente

(1) *Hist. gen. de Alem.* por Barje, Chan. Reg. de Santa Genov.

te academia, y su facilidad y comprehension, parecia que la anunciaban desde luego uno de aquellos hombres privilegiados á quienes la Providencia reparte los dones de sabiduría y de inteligencia para honor de las ciencias, felicidad de los impérios, y gloria de la Iglesia.

Algunas veces quedan los talentos como obscurecidos, é ignorados de las gentes, porque ó bien les faltan ocasiones en que manifestarse, ó protectóres que los acrediten. A los de *Juan Nepomuceno* les favorecieron circunstancias apreciables. ¡Qué esperanza no dan á la Religión sus primeros sucesos!

Yo me propongo en este dia hablaros de aquel que fué el principio de la gloria: dia en que concurre con sus rivales, los confunde y asombra. ¡O vosotros, á quienes la Universidad de Praga respeta como á oráculos! ¿Dudais aún si vuestro discípulo es ya, ó no vuestro maestro? Su vasta, brillante, sólida y universal erudicion os obliga á confesar, que aquel que aprende con vuestras lecciones, y baxo vuestros cuidados, es todavía mas capaz que vosotros mismos para instruir á los demas. En Praga se sabia entónces apreciar y respetar los talentos sin envidiarlos. El pueblo, pues, oye con admiracion sus discursos, y los sabios exclaman, que todo les sorprende y asombra en *Juan Nepomuceno*. Si, hermanos míos, en todo lo que ven en él, admiran la penetracion de su entendimiento, la elevacion de su ingenio, la precision de su discurso y la extension de su memoria. Todo el

mun-

mundo sabe, que el orador, el jurisconsulto, el filósofo, el teólogo se prestan mutuamente las gracias de la eloqüencia, la autoridad de las leyes, la fuerza del razonamiento y la inmensidad de la erudicion. Pero por lo que hace á nuestro Héroe se puede decir, que solo ignoraba lo que el hombre no debe saber.

Es lástima que á vista de una reputacion tan justamente adquirida, no se confien los intereses de la Religión al zelo de un hombre instruido, que junta á sus luces todas las virtudes::: ¡O gran Dios! Abrid el santuario de vuestra Iglesia á aquel que aun no es mas que la edificacion y la esperanza; pero que será pronto el recurso y el apoyo de ella.

Tales son las miras que generalmente tenia la Bohemia para con *Juan Nepomuceno*. Solamente él era el que ignoraba lo que valia, y lo que justamente debia prometerse. Indigno, á su parecer, de aspirar al sacerdocio, suplicó al cielo con fervorosas oraciones para que le iluminase; y con el mas profundo reconocimiento pidió, le guiasse y le diese una conveniente resolucion. Oye el cielo sus quejas, y él se creyó escuchar la voz decisiva de Dios en la del Arzobispo de Praga. Cede, en fin, y su único objeto no era ya otro desde este dia, que el de llenar fielmente su vocacion, ya que con tanto temor la habia abrazado. Mas ¿qué le falta para llenarla con la mayor perfeccion? Desde luego podemos conocer ya por sus talentos con quanta autoridad defenderá las sagradas leyes del Sacramento de la Penitencia;

y que el inviolable secreto de la confesion (1), está asegurado por un hombre capaz de probar con principios sólidos, que debe su origen á los tiempos apostólicos, y que desde la cuna de la Iglesia hasta el décimo quarto siglo, tuvo por enemigo al libertinage, á la heregia y á la impiedad. La doctrina que *Juan Nepomuceno* se atreverá á defender, con peligro de su vida, es la religion de los Padres, cuyo sentido ha procurado estudiar cuidadosamente; la fe de los concilios, cuyas decisiones ha profundizado con escrupulosidad, y la creencia de la Iglesia, cuyas leyes se ha propuesto constantemente seguir. Sus talentos justifican la causa de su martirio, y su predicacion le proporcionó los motivos para él.

Sí, oyentes míos, quando reflexiono sobre los trabajos de *Juan Nepomuceno*, y sobre su zelo, juzgo poder decir con verdad, que sus acciones prometen un ministro incapaz de sacrificar su obligacion á sus intereses, su religion á la política, Dios al César. La santa libertad con que predicó el Evangelio, es como garante de la invencible firmeza con que hablará, discurrirá y sufrirá por mantener las inviolables máximas del Sacramento de la Penitencia.

Al misterio de la palabra, es al que el cielo le llamó desde luego. Pero ¿donde? En Praga, á quien sus desórdenes hacen aun mas famosa que sus riquezas. A la frente de aquellos, que rivales de sus sucesos en la carrera

(1) Langlet du Fresnoi. *Trat. del secreto de la confes.*

de las ciencias, llegaron á ser las primeras conquistas de su zelo en la del apostolado.

Antes de *Juan Nepomuceno* tenian dos oradores christianos (1) como divididos entre si los pareceres de la Bohemia. Su reputacion se hallaba aun enteramente en su auge. Por todas partes se hablaba de los aplausos que habian recibido; pero ninguno decia de las conversiones que habian executado. En el uno se alababa la elevacion de su ingenio: en el otro la delicadeza. La sublimidad del primero, habia arrebatado los espíritus: el segundo por el sentimiento, habia movido los corazones. Se recordaba con admiracion la fuerza magestuosa de Melicio, y no se podia olvidar el placer con que se dexaban arrastrar de las dulces insinuaciones de Conrado. Aunque con diversos talentos, se habian hecho ambos, con zelo igual, respetar en la corte y en la ciudad, servido á la Religion, y honrado al ministerio. En una palabra, la ciudad de Praga habia hecho justicia á aquellos célebres oradores; pero la faltaba un apóstol. Apareció, en fin, *Juan Nepomuceno* con este carácter, y acabó lo que sus predecesores habian empezado. Aquellos habian encantado los espíritus: este los persuadia. Aquellos habian hecho tomar interés al corazon: este le movía. Mas natural que eloquente, empleaba menos arte, y recogia mas fruto, confesando Praga desde la primera vez, que las lágrimas de los penitentes

(1) El *Ab. Ballet* en el Panegírico de San Juan Nepomuceno, part. I.

tes son las que únicamente deben hacer el elogio del predicador.

¡Qué no duráran aquellas instrucciones vivas y penetrantes que pronunciaba con entusiasmo profético, y llevaban el terror y el espanto hasta dentro de las conciencias mas tranquilas! ¡Ah! Si el furor de la heregía las habia respetado, tambien veremos nosotros como por medio de ellas se descubre la Religion con aquella fuerza y aquella unción, que hacen gustar del ministro, y respetar al ministerio.

Así, pues, no se limitaba á los sentimientos de una admiracion estéril el fruto de sus discursos. Al mismo tiempo, que admiraban, aprovechaban. Así sucedía á los sabios, sin que el pueblo dexase tambien de cobrar afecto é instruirse. No hay duda de que el orador encanta; el teólogo convence; el apóstol mueve, y el santo convierte. ¿El santo? ¿Qué es lo que he dicho? ¿No es este el nombre que solamente daba la voz comun á *Juan Nepomuceno*? Si. Esta es la señal con que nos le da á conocer la ilustre clerecia de que es individuo: esta con la que le distingue el Arzobispo de Praga, cuya confianza se grangeó enteramente; y esta con la que le diferenciaban hasta los mismos grandes, de quienes era el oráculo.

Yo, pues, coloco á *Juan Nepomuceno* en la corte, como entre el mas brillante y crítico teatro de su apotolado. En la corte digo, centro del luxo, império del libertinage, reyno de las pasiones, asilo de la lisonja, escuela de la política. En la corte, donde se ve mucha ambicion y poca piedad, mucha ansia por los

ho-

honoros y grande indiferencia por la religion: en la corte, donde muchas veces es preciso hacerse incrédulo para llegar á ser hipócrita; y, en fin, en donde aquellos que aman la verdad no la siguen siempre, y rara vez permiten que otros la digan. ¡Qué mansion aquella para un hombre codicioso de los intereses de la gloria! ¡Qué espectáculo para un Acháb y un Elías, para un Heródes y un Juan Bautista!:: El deseo de oír á *Juan Nepomuceno* habia sido demasiado grande para que no estuviesen de su parte todas las atenciones, y para que no atraxese á sí todas las voluntades. Pero esto no le bastaba aún. La reforma de las costumbres era el único objeto de sus deseos. Emprehendióla, pues, con ánimo superior; y en medio de la corte, donde se aprende muchas veces tambien á ser apóstol, estudió su carácter hasta que lo consiguió. Descubría los vicios, y los atacaba: observaba los escándalos, y los combatia: advertia las intrigas, y las ponía de manifesto: notaba la falsedad, y la confundia: conocia la hipocresía, y quitándola la mascarilla, la dexaba al descubierto; y, en fin, observaba la irreligion, y la combatia y arruinaba. Muy necesario era este zelo tan atrevido como intrépido en aquella corte. Puede que las mas licenciosas no hayan tenido jamas mayor necesidad de un apóstol semejante que la de Wenceslao.

Pero ¡qué nombre acabo de pronunciar! Aún se avergüenza la Bohemia de haber visto su corona sobre la cabeza de un príncipe tan

Tom. I.

B

po-

poco acreedor á semejante dignidad! ¿Se me acusará de haber faltado al respeto que debo á los potentados, si pinto á Wenceslao con los mas feos y horribles colores? Yo me persuado que en la corte de un Rey (1), que es el terror de sus enemigos, la admiracion de sus aliados, el padre de sus vasallos y el protector de la Religion, puedo muy bien desahogarme sobre la desgraciada suerte de un reyno gobernado en otros tiempos por un Monarca que hizo revivir los siglos de Acháb y de Neron. Al principio, pues, se mostró aquel príncipe virtuoso, aunque por fuerza, y siempre dió á entender que era vicioso por naturaleza. Fantástico en sus ideas, singular en sus proyectos, sospechoso sin motivo, locamente desconfiado, furioso en extremo, tímido por naturaleza, y fogoso, bárbaro é inhumano á cada momento. Entregado sin vergüenza á los mayores excesos de la desenvoltura. Dueño cruel, esposo inquieto, emperador insolente, rey débil, y, en una palabra, mal christiano, es como nos representa la historia á aquel príncipe que al principio fué el panegirista, y despues el perseguidor de *Juan Nepomuceno*.

Dirigid vos, ó Dios mio, dirigid el zelo de vuestro ministro. Dadle de una vez aquella fuerza y prudencia, que á un mismo tiempo saben instruir, reprehender, corregir y hacerse respetar::: Persuadios, pues, que la presencia del príncipe no autoriza perjudiciales atenciones; y que *Juan Nepomuceno* jamas imita-

(1) Luis XV.

tará á aquellos apóstoles cortesanos, políticos y aduladores, que por un abominable respeto á los soberanos, son infieles á su ministerio. La Religion se resentiría, por decirlo así, al ver confiados sus intereses al zelo de un hombre tan poco digno de sostenerlos. *Juan Nepomuceno* se atreverá á hablar con aquella noble libertad que el *Evangélio* encarga. Nada teme, porque nada espera. Hace conocer las obligaciones, censura las costumbres, encarga quanto debe encargar. La Religion á todos nos aconseja unas mismas verdades.

Puede muy bien decir con David: Sí Señor: hasta en la corte de los reyes no me avergonzaré de dar testimonio de vuestras leyes santas. *Loquebar de testimoniis tuis in conspectu regum, & non confundebat* (1). Habla con respeto, pero sin artificio. *Loquebar, & non confundebat*. La persuasion, la lisonja, la política y la falsedad, le suministrarán asuntos interesantes para sus instrucciones, y serán el justo objeto de sus anatémas. Aun declamará con mas fuerza y energía contra la irreligion, cuyo monstruo no era entónces tan comun como en nuestros dias, en los que por desgracia abunda demasiado. ¿Quantas veces se le oyó decir, que la incredulidad en los grandes es el mayor escándalo? ¿que su exemplo es un verdadero castigo? ¿que son otro tanto mas dañosos en quanto están mas autorizados; y, en fin, que á proporcion de la educacion é instruccion que reciben, son otro tanto me-

(1) Psal. 118. v. 46.



nos disimulables? A las pasiones del corazon, decia muchas veces, es á las que deben su nacimiento los extravíos del espíritu. Por lo regular se empieza á ser impío quando se ha dexado de ser virtuoso.

¡Oh! ¡y quanto celebrára yo tener la eloqüencia de *Juan Nepomuceno* para expresarme con toda su energía, y con toda la fuerza de sus razonamientos! Es verdad que el hombre puede de muchos modos reconocerse, acusarse y condenarse. Pero Wenceslao nos le podemos figurar en la persona de Saúl, que estando siempre agitado é inquieto, nunca dexó de ser desgraciado. No así tan expresa y determinadamente al cortesano; porque á este le podemos representar de otras mil maneras, que el hábil orador sabe discurrir con tanto zelo como arte. Amán es un espejo en donde puede mirarse el ambicioso; Pilatos lo es para el político; Absalón para el ingrato. A todos se les puede pintar sin que nadie se ofenda. Y como lo executaba así nuestro Santo, todos aprendian, admiraban, reflexionaban y aprovechaban. Wenceslao mismo no podia resistirse á la impresion poderosa que hacian sobre él los discursos y exemplos de un apóstol á quien respetaba y estimaba infinito. La verdad tiene caminos tan particulares, que admiran é infunden terror á la insensibilidad y á la estupidez misma: siendo tal la excelencia y elevacion de la virtud, que no pudiéndose defender el vicio se ve en precision de rendirla vasallage.

A vista de lo dicho, ¿no podré yo pregun-
ta-

taros muy bien, si empezais á descubrir en *Juan Nepomuceno* un Santo capaz de sacrificarse por el secreto de la confesion? ¿No decís allá dentro de vosotros mismos á cada paso de su apostolado, que un hombre que sostenia la verdad con tanto empeño, no podia serla traidor, ni abandonarla jamas por respetos humanos? ¿No decís, que precisamente se habia de resistir á las abominables empresas de un príncipe sin religion, y que le habia de condenar sus mas vergonzosos excesos? La santidad dispone para el apostolado. El apostolado ofrece el martirio.

Incapaz de ceder al temor *Juan Nepomuceno*, ¿como habia de caer en la tentacion de ceder al interés? ¡Ah! por las singulares muestras de su desinterés podemos juzgar, si el falso brillo de los honores, el seductor amontonamiento de las riquezas y la esperanza de las grandezas humanas, serian jamas capaces de mudar su corazon.

Establecido en la corte, consideraba muy bien el derecho que podia tener para pretender las mejores plazas eclesiásticas, y las dignidades mas lisonjeras á una alma ambiciosa que no fuese como la suya. No necesitaba mas que deseirlas para conseguirlas.

Pero aquellos que son mas acreedores á ellas, únicamente saben merecerlas, temerlas y desecharlas. Para elevarlos á los honores, el obstáculo mas difícil que hay que vencer es su modestia. Mientras que aquellos viles esclavos de la ambicion pagan muchas veces con la ingratitud los beneficios que se les conce-

den ; los santos les reconocen por el mero hecho de ofrecérseles , aun quando no les acepten.

En *Juan Nepomuceno* observó Bohemia este prodigio , siendo sus imitadores otro tanto mas apreciables quanto mas raros. No haré mencion de los diferentes asuntos en que se empleaba su zelo , multiplicándoles y reproduciéndoles á cada paso sin cansarse jamas de ellos. El solo daba salida , digámoslo así , á muchas cosas opuestas , las quales apénas podian desempeñar muchos apóstoles juntos. En la cátedra de la verdad empezaban sus discursos á hacer sus conversiones , y en el tribunal de la penitencia las acababan y consolidaban sus consejos. El predicador severo ahuyenta á los pecadores : el prudente director los asegura y atrae. El uno siembra : el otro recoge. Aquel forma christianos dignos de la Religion : éste conduce santos acreedores de la gloria. *Juan Nepomuceno* era á un mismo tiempo el alma de la clerecía , el pacificador de las turbulencias , la luz de los pueblos y la guia de las almas especialmente consagradas á Dios. El era todo para todos para ganarles á todos para Jesu-Christo. *Omnibus omnia factus* (1).

Entre las conciencias que dirigia , tenia una que le llevaba su atencion , y le grangeaba la estimacion y la confianza pública. Hablo de Juana de Baviera , hija de Alberto de Baviera , conde de Hainault y de Holanda , es-

(1) I. Cor. cap. 9. v. 22.

posa de Wenceslao , y emperatriz-reyna de Bohemia , princesa digna del trono mucho mas por sus sentimientos que por su cuña. La bondad parecia serla innata ; pero ella hacia siempre experimentar sus útiles efectos con discernimiento y sin parcialidad. La dulzura formaba su carácter : mas sabía igualmente hacerse amar que obedecer. Conocia todo el precio de una piedad sabia y luminosa , y jamas daba oídos á las ilusiones de la falsa piedad. Caritativa y llena de compasion , se deleytaba en prodigar beneficios , y procuraba se ignorase la mano que los repartia. Postrada humildemente á los pies del trono , casi se olvidaba de que era reyna por acordarse únicamente de que era christiana. Concedia á la Iglesia su proteccion , la sostenia por medio de sus liberalidades , la consolaba , edificaba y casi la admiraba con sus exempos. Hasta la envidia misma confesaba , que aun quando ella no hubiera sido por su sangre la primera princesa de sus estados , se la hubiera reputado por tal por sus virtudes. En una palabra , para concluir con su retrato y elogio , el modelo que tenemos á la vista (1) , es la imagen fiel de la que acabo de retrataros.

Un conjunto de tantas qualidades dichosamente reunidas , parece no dexan ya que hacer al zelo y á la prudencia de *Juan Nepomuceno*. Solamente debia atemperar su resplandeciente fama para aumentar el mérito. Depositario de los secretos de la princesa , sabio

B 4 mo-

(1) La Reyna.

moderador de sus acciones, guia luminosa de su conciencia y hábil en perfeccionar sus sentimientos, apuraba los motivos, consagraba el fervor, santificaba el heroísmo, y sorprendida de admiracion y de respeto toda la corte, no acertaba á decir, si era la reyna ó el que la dirigia quien se aventajaba en la práctica de todas las virtudes que el Evangelio encarga. Por decontado confesaban todos uniformemente, que á ninguna otra cosa pertenecen los santos que á la santidad; y que á la de *Juan Nepomuceno* no la faltaba mas que el premio y las recompensas de la Iglesia.

No desmentía la princesa este juicio comun y uniforme; y así pensaba en premiar como correspondia á un mérito generalmente aplaudido. Buscó la ocasion, se la presentó y se resolvió á executar. Vaca el obispado de Leitomeritz y todos están por *Juan Nepomuceno*. Como Wenceslao no lo ignoraba, lo eligió para él. Todo el mundo aplaudió semejante eleccion. Los ambiciosos solamente eran los que murmuraban de ella, pretextando no le hacia digno de esta gracia su nacimiento, sin reflexionar lo acreedor que á ella le hacian sus virtudes y talentos. Pero me engaño en lo que digo. Uno tan solamente fué el que se opuso á las deliberaciones de Wenceslao, advirtiéndole en el apóstol de Praga disposiciones muy débiles para sostener el trabajo del obispado. *Juan Nepomuceno* mismo fué este. En vano pretextaba el emperador para obligar á su modestia los intereses de la Religion y las necesidades de la Iglesia: el humilde apóstol

se resistía con sumision y reusaba con firmeza. En fin, condescendió el príncipe con sus súplicas y sus llantos; pero no fué sino para prepararle muy en breve una tentacion aun mas poderosa. Esta le proporcionó nuevos triunfos á *Nepomuceno*.

Por muerte del Prevoste de Wischeradt acababa de vacar una de las plazas (1) mas apetecibles de la presentacion del rey: no pedia trabajo alguno y tenia grandes privilegios, inmensas riquezas y honores singulares. ¡Quántas intrigas y monopolios se experimentaron en esta ocasion para que recayese la gracia del príncipe sobre uno de aquellos hombres de la primera gerarquía, y del mas ilustre nacimiento de la corte! todos pedian, todos deseaban y ninguno dexaba de esperar:::

En vano moveis, hombres ambiciosos, en vano moveis los mas poderosos resortes de la política: inútilmente empleais para conseguirlo todo vuestro favor y proteccion. Los honores de la Iglesia no son para los ambiciosos. Por el mero hecho de atreveros á pedirles no debeis jamas obtenerles.

Quando toda la corte se interesaba por la provision de esta plaza, y quando discurría á quién de los sugetos mas ilustres y poderosos se concedería, se vió un hombre que, aunque destituido de toda proteccion, hablaba el mérito por él y la inclinacion de Wenceslao: este, pues, era *Juan Nepomuceno*. Pero

joh

(1) El empleo hereditario de Chanciller estaba unido á la Prevostía de Wischeradt.

¡oh príncipe! Tú no consultas mas que á la reputacion y á los sucesos de este piadoso ministro sin haberlo hecho con su corazon. No esperes vencerle , no. Ofrecele trabajos sin honores ni riquezas , y los aceptará : en esto sí que le darás gusto. Pero una plaza que todo se lo concede al amor propio y no dexa nada para su zelo , entibia su virtud. Reconocidísimo , pues , á los favores que su señor y monarca le concedia , no se detuvo en pedirle con el mas vivo encarecimiento y con una santa importunidad otro que para él era mas apreciable ; quiero decir , el que le juzgase por entónces aun ménos digno que ántes de tantos beneficios , y le admitiese la renuncia de ellos.

Si le quereis ver unido á la corte , es menester que le presentéis una dignidad conforme á su zelo y desinterés : una dignidad , que no le conceda otro derecho que el de ser útil á la Religion , al príncipe , al pueblo , y sobre todo á los desgraciados : una dignidad , en fin , en la qual , sin que él mismo dexé de ser pobre , pueda ser el protector de la indigencia y el padre de los miserables. En este caso se satisfarán sus deseos. Mas como Dios estaba escuchándolo , no tardaron mucho en cumplírsele ; y como si de exprofeso se hubiera consultado á su voluntad , se le presentó de allí á pocos dias la plaza de Limosnero de Wenceslao , que era para él la mas lisongera. Concediósela aquel príncipe inmediatamente , como que sabia muy bien el acierto con que caminaba. Esto sí que fué premiar á *Juan Nepo-*

pomuceno , como apetecia. Era recompensar á un apóstol como apóstol , y á un santo como santo.

Concluyamos , pues , con decir , que un hombre de este carácter era muy á propósito para defender el secreto de la confesion : su desinterés era una señal nada equívoca de su constancia.

No espere el mundo conquistar por medios injustos á un ministro de Jesu-Christo que aborrece los bienes de la tierra. *Juan Nepomuceno* , no admite honores sin peligro : quando este sea en ellos inseparable los deseará. ¿Cómo habia de comprar á costa de manchar su conciencia y de sacrificar su virtud una fortuna , que por quantas partes se considere la miraba con el mayor desprecio y horror? Nada ménos que eso : jamas le hará infiel á sus obligaciones cosa alguna de este mundo. Su singular zelo , siempre firme y desinteresado , le defiende contra la injuriosa sospecha de una fragilidad indigna de él y de su ministerio. La conducta que ha tenido manifiesta la que tendrá. La corte ha hallado en *Juan Nepomuceno* un apóstol , pronto le verá mártir , y el mártir del silencio. *Silui.*

SEGUNDA PARTE.

La misma Religion que encarga á sus ministros combatan desde la cátedra de la verdad contra el crimen y el desórden , les manda igualmente , que guarden un perpetuo silencio acerca de las culpas y delitos que se les

les confien en el tribunal de la penitencia. Si ellos tienen derecho para corregir á los pecadores, carecen de él para comprometerles, descubrirles y hacerles traicion. La obligacion que tienen los ministros de guardar á los fieles un secreto inviolable, es el único motivo, ó, quando ménos, el mas poderoso de la confianza de éstos. En efecto ¿que conseqüencias tan fatales se seguirían de la infraccion de ésta sábia ley solamente capaz de dulcificar la dura necesidad de ser uno mismo su acusador, y confesar á otros las fragilidades, vicios y culpas, que muchas veces quisiera poder ocultar aun á sí mismo?

Por la defensa de esta ley tan necesaria á la sociedad, tan conforme á la razon, tan sagrada á la Iglesia, y tan digna de la Religion, es por lo que *Juan Nepomuceno* se encerró, digámoslo así, en un silencio vencedor de las promesas, de las amenazas, de las persecuciones y de la muerte misma. *Silui*. Profundicemos la causa, fixemos la época, y veamos las conseqüencias de su martirio, precedido de las pruebas mas difíciles, acompañado de las circunstancias mas interesantes, y coronado con la gloria mas singular. Si jamas hubo santo mas propio para defender el secreto de la confesion, tampoco le hubo nunca que lo hiciese con mas sabiduría, con mayor ánimo, ni con mejor suceso.

Aun quando el secreto de la confesion (1)
no

(1) *Langlet du Fresnoi*, el citado Trat. del Secreto de la conf.

no fuese una ley del Evángelio, hubiera encontrado en la Religion natural una autoridad poderosa, y una seguridad, cuyo honor solamente formase una indispensable obligacion, y fuese el garante del secreto. Confiado éste á la discrecion de un amigo, es un sagrado: el divulgarle, un enorme delito. La razon misma nos enseña, que si somos los dueños absolutos de nuestros propios secretos, no lo somos de los de los demas. Este es un depósito religioso á donde no es permitido llegar (1). Así, pues, el christianismo no ha hecho mas que perfeccionar esta religion ó derecho de la naturaleza, con especialidad por lo que toca al Sacramento de la Penitencia.

Bien podria yo citar sobre este dogma tan invariable la unánime doctrina, y las sagradas expresiones de los Basilio, de los Ambrosios, de los Chrisóstomos, de los Agustinos, de los Leones y de los Bernardos, diciéndoos con los unos, que esta ley que tan rigurosamente observan, la recibieron de los apóstoles: *Apostolicam regulam*. Con los otros, que guardan el silencio que los santos Padres les enseñaron con su exemplo: *Patres veterunt*. Con éstos, que el secreto de la confesion no se confia tanto al ministro, quanto al mismo Dios, que es á quien el ministro representa: *Non hominibus, sed Deo*. Con aquellos, que el hombre en el tribunal de la penitencia oye como si no oyera, y sabe como si no supie-

(1) *Mr. Loëbon*, Trat. del Secret. de la conf. p. 1.

piera: *Scientes nesciunt*; y con todos ellos, que el mas ligero indicio es una indiscrecion, toda indiscrecion un crimen, todo crimen un sacrilegio, y que los mas afrentosos suplicios no bastan para castigar tan monstruosa prevencion.

A esta máxima del secreto de la confesion, universalmente respetada, *nunca hubo tirano que se atreviese á combatirla, ni jamas suministró víctimas á la fe* (1). Este es un nuevo camino que va á abrir la sangre de un nuevo mártir. Si la gloria de San Esteban consiste en haber sido el primer mártir del cristianismo, la de *Juan Nepomuceno* consistirá en haber sido el primero y, hasta el presente, el único mártir del secreto de la confesion.

Ya hacia mucho tiempo que era el único objeto de la corte: hacia respetar en sí la Religion, y reynar la virtud. La de la emperatriz, cuya conciencia dirigia, obligaba á ser respetada hasta de los mismos incrédulos. Parecia que con ella habian revivido las Helenas, las Clotildes y las Isabeles, quando repentinamente sorprendió no sé que astro fatal á la pecaminosa imaginacion de Wenceslao. Su ternura por la reyna era sincera, pero inquieta. Apoderóse de él una loca sospecha, é ingenioso en atormentarse, concibió su espíritu ciertas chíméricas ideas que le agitaban y despedazaban. Una duda igualmente injuriosa á la princesa que importuna á él mismo, per-

(1) El P. de Marne, Jesuita, Vida de *San Juan Nepomuceno*.

perturbaba su razon, casi nunca acorde consigo mismo. ¡Quan temible es un espíritu borrascoso! ¡Quántos monstruos le espantan! ¡Quántas pesadumbres se adquiere! La ciega locura no escucha ya la reflexion: la Religion misma no es un dique capaz para detener sus violentos excesos y sus horribles resoluciones. ¿Que hará Wenceslao tristemente entregado á la injusta pasion que le tiraniza? Pretender exigir de *Juan Nepomuceno* luces suficientes, y obligar á que le revele los secretos de que la emperatriz le ha hecho depositario en el tribunal de la Penitencia. ¡Qué proyecto! ¿Cómo se manifestará su primera idea?

En vano intentaba preparar al virtuoso ministro con un lenguaje sutil, y encubierto para favorecer sus detestables designios. *Juan Nepomuceno* penetraba el delicado punto que Wenceslao rehusaba tocar. ¡Cielos! ¿Qué es lo que acabo de oír? Solamente la idea de esta confesion sacrilega, que se propone exigir de él, le estremece y aterra!!!: Pero aun le faltan que sufrir otros combates. Explicase Wenceslao: manda, y quiere ser obedecido. La relacion que pide le parece esencial á su política, á su gloria, á su felicidad y á su Religion misma. Es rey, y nada se le debe resistir. Un vasallo que no executa las órdenes del príncipe, es rebelde. Es menester hablar, ó esperar las conseqüencias mas lastimosas. Así como sabe recompensar como rey magnífico é inagotable en sus beneficios, sabe tambien castigar como rey irritado é implacable en sus venganzas. La complacencia todo lo de-

debe esperar de él; pero la obstinacion lo debe todo temer.

¡Qué prueba para un ministro de Jesu-Christo que no fuese de la virtud de *Juan Nepomuceno*! Bien sabia éste á qué exceso puede llegar una ciega pasion reconcentrada en sus ideas, y engañada en sus esperanzas. Desde luego advertia las sangrientas escenas que se seguirian á una negacion constante::: ¡O imágenes horribles! ¡No le hagais decaer ni desanimar! Siempre conviene oponerse á la voluntad del monarca, quando, de condescender con ella, se incurre en una infidelidad. Nunca debe olvidarse un vasallo de que lo es; pero debe acordarse siempre de que es christiano. ¡Ah príncipe, exclamaba él, que no puedo obedeceros! Mi respeto, mi zelo y mi amor á vuestra sagrada persona me harian sacrificar por vuestros intereses, por vuestra gloria y felicidad. Mandadme todo quanto la Religion no me prohíbe, y me hallaréis siempre fiel y obediente. Pero ¡ah! ¿qué es lo que queréis exígir de mi sumision? A mí no me es permitido revelar un secreto que no está en mí. Dios solamente es el que reserva su conocimiento. No ignorais vos las rigurosas leyes que la Religion me impone. ¡Ah! Si por una débil y sacrilega complacencia condescendiera con vuestros deseos: si yo executase vuestras órdenes: ¿qué luces os podria yo dar, aun en este caso, no obstante de que me arrojase á la temeridad de haceros una confesion tan pecaminosa? ¿Bastaria mi palabra para satisfaceros y dexaros tranquilo con la inocen-

cia, ó la culpa que yo os declarase? No: aunque yo os manifestase con fidelidad los conocimientos que he adquirido en el sagrado tribunal, no creeriais oirme la verdad en el sincéro testimonio que os diese. En mi deposicion únicamente advertiriais mi delito, del que os horrorizariais como me sucede á mí mismo. Vos tendriais autoridad para perderme como justo juez de mi indiscrecion; y lo deberiais hacer por el honor del ministerio, por la seguridad del Sacramento, por la gloria de la Iglesia, por la tranquilidad de nuestro estado, y por mantener vuestras mismas leyes en su vigor. Debeis persuadiros, que el que es traidor á su fé, es capaz de serlo á su príncipe. Dios me impone la obligacion de que guarde silencio. Si en el dia juzgais esto en mí por un crimen, tiempo llegará en que talvez me lo tendréis por mérito.

¡Respuesta generosa, é intrépida firmeza de *Juan Nepomuceno*! ¿Qué impresion no debia de haber hecho en el ánimo de Wenceslao? La Religion misma es quien le hablaba por boca de aquel fiel ministro suyo. Pero ¡quán débil es, y que poco imperio tiene la voz de la Religion sobre un corazon que se deleyta con una ceguedad obstinada! Faraon se resistió á las sábias demostraciones de Moyses: Wenceslao oye con desprecio las humildes representaciones de *Juan Nepomuceno*. Un santo que no sabe ser politico, está demas en su corte. Esta solo quiere esclavos sujetos á sus pasiones. *Juan Nepomuceno* se desentendiende ellas, y por lo mismo es culpable, y será

castigado. Era menester seguir las máximas de los emperadores tiranos: Wenceslao no se avergonzará de imitarles. La libertad es el primer sacrificio que *Juan Nepomuceno* hizo por el secreto de la confesion.

¿Qué nombre daremos á su horrible mansion? Yo me figuro aquellos terribles calabozos en donde los Nerones y los Dioclecianos encerraban en otro tiempo á los discípulos de Jesu-Christo, y discurrían los mayores tormentos para hacerles abjurar y obligarles á que con sus propias manos incensasen á los ídolos que aborrecian. No era ya en la cátedra de la verdad donde *Juan Nepomuceno* enseñaba la Religión: era sí, en una estrecha mansion, impenetrable á los rayos del sol, donde la predicaba y defendía. En aquella todos aplaudian su zelo: en esta todo á porfia le intimida. Allí todo se humillaba á su virtud: aquí todo se reune para hacerla caer. Pero no, hermanos míos, no temais de que caiga: Su corazon es siempre el mismo; y aunque se le ataque, resistirá: aunque se le amenace, permanecerá tranquilo: aunque se le ruegue, será inflexible; y aunque se le presente el furioso poder del príncipe, conoce muy bien sus intenciones, respeta sus órdenes, y no teme su venganza. Su primera respuesta manifiesta su último modo de pensar.

Únicamente servirán para mayor resplandor de sus sentimientos los multiplicados asaltos que tiene que sufrir. Los antiguos tiranos empleaban todas las sutilezas de la política para hacer decaer á los christianos de su fe: pa-

para vencer el silencio de *Juan Nepomuceno* se emplearán todos los ardidés y engaños posibles. Las pruebas mas difíciles ya precedieron á su martirio: con que no es extraño que le acompañen muy en breve las mas interesantes circunstancias.

Si el arte difícil de reynar pende, como quieren algunos, en saber disimular, ningun príncipe supo reynar mejor que Wenceslao. Perseguidor de la inocencia, parecia reconocer su injusticia y subsanarla de un modo admirable, al paso que no pensaba mas que en arruinarla. La venganza de los poderosos, es otro tanto mas terrible, en quanto la ejecutan con mayor encono y desesperacion. Ordena Wenceslao, que nuestro santo vuelva á la corte y á la Iglesia: le convida á su mesa, y le prepara con mil tiernas demostraciones de agrado. Qualquiera otro que no hubiese sido *Juan Nepomuceno* se hubiera dexado engañar con tales apariencias; pero este penetró el artificio y se supo eximir de él. Postróse á los pies del trono, y de acuerdo su corazon con su Religión, le hacen conocer muy bien lo que es su rey, y el respeto que le merece; pero tampoco se le escapa hasta donde se extienden aquellas vanas lisonjas de una amistad fingida. Es una calma indigna que amenaza la tempestad. Al parecer le hablaba el príncipe sin designio ni pasion alguna. La conversacion era indiferente; pero pronto dexó de serlo. Vuelve Wenceslao á sus primeras ideas, y se obstina en su terrible resolucion. Desde este mismo instante se manifestó con

frialdad en aquellas confianzas. Cesó la dulzura, se agitó la violencia, resaltó el encono y el furor, y, en fin, no se hablaba ya mas que de suplicios. Pero los santos no varían, porque como no mudan de principios no cambian de pensamientos. Lo que *Juan Nepomuceno* ha sufrido ya, es una señal de lo que está pronto á padecer. A las mismas solicitudes que se le hacian, rehusaba con la propia firmeza. A las mismas amenazas con el propio teson.

Comunicáronse nuevas órdenes, y le quitaron de la presencia del monarca. Condúcese por segunda vez á aquella triste mansión destinada para castigar los delitos, y á *Juan Nepomuceno* no se le advertian sino virtudes.

San Chrisóstomo sintió infinito no haber visto á San Pablo en la cautividad y en las prisiones (1). La del apóstol se le figuraba un trono al arzobispo de Constantinopla, sus grillos y sus esposas un cetro, y el cautivo un rey. ¿Pero lo diré yo, christianos? Sí. La prision de *Juan Nepomuceno* me representa el mismo espectáculo. Yo siento no haberle visto, segun nos le da á conocer la historia, sordo á las súplicas, mudo en los tormentos, inmutable en las llamas, é invencible aun á pesar de la mas viva impresion que sobre su cuerpo abatido y aniquilado hacia un fuego siempre activo y aumentado á cada paso. En medio de este sufrimiento horroroso, me presen-

(1) Chrysost. De Laud. Div. Pauli.

ta la fe de *Juan Nepomuceno*, su prudencia y entereza, una idea tan grande, qual no puedo explicar de otro modo que con el silencio y la admiracion.

Esto es justamente lo que sucedia en toda la corte. Wenceslao solo era el que se resistía á ello. Siempre al odioso se le figura el mérito una criminalidad. ¿Pero no podrá bastar ninguna cosa para apaciguar á aquel príncipe injustamente airado? Determina la emperatriz ver como le puede hacer ceder (1). Le suplica y le ruega. Sus lágrimas, mas bien que sus palabras, le pedian lo que su corazon deseaba. Concédesele la libertad al siervo de Dios. Se presenta en la corte, pero como santo perseguido y siempre fiel á su ministerio, está enteramente resuelto á sufrir la muerte primero que dexar de defender con generosidad las sábias leyes del Sacramento de la Penitencia. Jamas daba á entender que temia la cólera del príncipe. Se observaba con admiracion que guardaba el mas profundo silencio á vista de los rigores de Wenceslao, y que únicamente hablaba del reconocimiento que debia á las gracias y beneficios del rey.

En efecto, bien podia haber dexado á sus llagas el cuidado de publicar tanto su gloria, quanto la deshonra y vergüenza del emperador:: ¡Qué triunfo tan brillante para la Iglesia fué el de aquel dia en que *Juan Nepomuceno* la reparó con su predicacion como un

C 3

(1) Vida de San Juan Nepom. por el citado Padre de Marné, Jesuita.

mártir escapado del suplicio, y, si me es permitido hablar así, vencedor de la muerte! ¡Ah pueblos que le escuchais! ¡Cuán santa y preciosa os parece en la boca de este hombre la Religión que acaba de sellar con su sangre! ¡qué apóstol mas eficaz y persuasivo para vosotros que esta misma sangre! ¡Cuán dicho-amente dispone al espíritu para creer y al corazón para aprovechar! Y ¿qué predicador mas eloquente de la Religión, que un hombre que viene á ser su víctima? Sí, christianos, estoy por decir, que ni los mártires predicaron con mas eficacia el Evangelio sobre los cadavérs que Juan Nepomuceno lo hizo en los pulpitos de Praga al salir de la prision.

¡Ah! ¿Cómo es que él mismo viene á quitarnos el inocente placer que sentimos al oírle? ¿qué fin es el suyo, conociendo anticipadamente la suerte que ha de tener? Es cierto que no se le oculta á este nuevo Isaías; pero como que le oigo repetir aquellas tristes palabras que sorprenden y se apoderan de su consternado auditorio. El tiempo se acerca, y mi carrera se va á concluir. Dentro de poco, ni me oíreis, ni me vereis. *Fam non multa loquar vobiscum* (1).

Como apóstol de la fe, y como profeta arrobado en éxtasis, penetra la nube de la tempestad. La ve:: se estremecé:: ¡O cielos! Extinguid el terrible fuego que amenaza al trono, á la patria, al sacerdocio, á la Iglesia

(1) Joan. cap. 14. v. 30.

y á la Religión:: No se le oculta el error que sale de Inglaterra, é inunda á la Bohemia: el espíritu de Wiclef se comunica y contagia al de Juan Hus y al de Gerónimo de Praga (1). Los sequaces de la mentira sorprenden ya la credulidad del pueblo: la heregía, aunque tímida al principio, se enardece desde luego con sus primeros sucesos, é intenta levantar el estandarte de la rebelion. Ya se esparce el sutil veneno. La novedad profana tiene sus apóstoles: no tardará en hallar protectores. Si la Iglesia la espanta, y el concilio de Constanza (2) intenta calmar la tempestad con el suplicio de los culpados, tambien arman sus cenizas para su defensa los malvados. Mas violento y universal el fuego, rompe todos los límites. ¡Que afrentosas rapiñas no se ofrecen al asombrado espíritu de Juan Nepomuceno, excitando al mismo tiempo sus lágrimas, y penetrando su corazón con el mas vivo sentimiento! Pensaba que ya se hallaba en el momento en que la Bohemia vería salir de su seno aquel formidable apoyo de los Husitas (3), aquel fogoso enemigo de la Iglesia y de sus defensores, aquel Ziska, cuyo famoso nombre y rápidas expediciones llevarán el terror y la desolacion por todas partes; trastornará los altares, arruinará los templos, sacrificará á los ministros de Jesu-

C 4 Chris-

(1) Diccion. de las sectas, armas, heregias, &c. por el P. Pinchinat, Franciscano, en 4. Artíc. Wiclef.

(2) Hist. del concilio de Constanza por Lenfant.

(3) Hist. de la Guerra de los Husitas por el mismo Lenfant.

Christo, forzará las plazas, ganará batallas, disparará las armas imperiales, defenderá al error, tomará satisfaccion por la sangre de sus víctimas, y saqueará el santuario y sus heredades::: Dias de tristeza y de duelo para la Religion: de sangre y de carnicería para el estado; y dias, en fin, que el cielo irritado embia á la tierra para castigar sus crimines. Si; *Juan Nepomuceno* los vaticina, però no los verá (1). Aquellos dias tan lamentables no sucederán, sino quando él ya no subsista. Su muerte precederá á aquel diluvio de males. ¿Su muerte? Sí, christianos, morirá. Sus juicios son demasiado fundados.

Aquella paz simulada y fingida solo sirvió para preparar una guerra mas sangrienta. El desatinado furor de Wenceslao llegó á ser su único consejo. No pudo hacer un prevaricador de *Juan Nepomuceno*, é intentó martirizarle. Llega con disgusto, mira con indignacion, y sus palabras amenazadoras descubren su última resolution. O hablar, ó morir: tal es la suerte que dexa á su eleccion (2). ¿Y el santo titubea? No: su silencio es su única respuesta. Esto es hecho. Wenceslao pronuncia la irrevocable sentencia. Ministros de mis venganzas, exclamó, apoderaos de ese delinqüente. Que me quiten de mi vista las aguas del Molnaw (3) á un vasallo inobediente á mis ór-

(1) El citado de Marne, vida de San Juan Nepomuceno.

(2) *Act. Sanct. apud Bolland. 16. Mai.*

(3) Comunmente se dice el-Moldaw.

órdenes::: Pero ¡qué repentina turbacion es la que embarga sus sentidos sin escuchar á sus remordimientos! ¿Creerá acaso que, indignada la Bohemia, no reclamará á su bienhechor, á su apóstol y á su padre? Por de contado se lisonjea, de que las tinieblas de la noche favorecerán sus designios, é impedirán al mundo de que los conozca: como si el crimen que carece de testigos, no debiera esperar quien lo castigase. Llega la hora::: se executa la orden. Pero ¿qué es lo que veo? Aquello mismo que parece debía ocultar la iniquidad, la manifiesta. La misma voz que mandó á las aguas del Nilo respetasen la vida de Moyses, encarga á las de Moldaw respeten la santidad de *Juan Nepomuceno*::: (1). Un dia inesperado salió del seno de las aguas el cuerpo del santo mártir. Entre tanto que la tierra admira sus exemplos corona el cielo sus méritos. La Iglesia pierde un apóstol, però gana un protector. El martirio de *Juan Nepomuceno* se coronó por la gloria mas singular.

¡Que encadenacion de maravillosos hechos me sorprende! Yo creo haberme transportado á los primeros siglos de la Iglesia. El sepulcro de nuestro santo causa admiracion en la Bohemia, y es un espectáculo tan interesante como aquellos que en otro tiempo ofrecieron al Universo admirado las famosas catacumbas de Roma, depositarias de tantos már-

(1) *Act. Canonis. Sanct. Joan. Nep.*

mártires, y perpetuos lugares de su gloria y de su poder.

¡Que no me sea lícito multiplicar las ideas del mismo modo que se multiplican los prodigios por la intercesion de *Juan Nepomuceno*! Allí le veriais semejante á *Daniél*, conservar á la casta *Susana* (aunque á pesar de las ignominiosas acusaciones de la calumnia) su honor, su reputacion y su inocencia: bienes mucho mas preciosos que la misma vida. Allí su imagen, al modo que la sombra de *San Pedro*, sana las enfermedades, remedia las desgracias, rompe las cadenas, sosiega las tempestades y manda á la muerte.

A él es á quien la *Bohemia*, despues de tanto tiempo como hacia que la devoraba la sangrienta guerra de los *Husitas*, cree deber aquella admirable y decisiva victoria que terminó las turbaciones, extirpó el error, calmó el imperio y fixó el catolicismo en un reyno en donde la heregia, despues de haber adquirido discípulos para acreditarse, hubiera querido hacer maestros para sostenerse.

Pero todas estas descripciones por mas bien hechas que estén, no son bastantes para elogiar al mártir del secreto de la confesion. El cielo ha querido honrarle por medio de los milagros de justicia y de terror, los quales han brillado tanto sobre la Religion, como sobre su ministro. Acordaos sinó de aquellos multiplicados esfuerzos de la heregia, aunque insuficientes para obscurecer y ajar la gloria de *Juan Nepomuceno*, minorar su poder, desechar sus milagros, consumir sus ce-
ni-

nizas y aniquilar su culto. Yo veo que el error y la impiedad llevan hasta el templo del Señor sus meditados odios, venganzas y sacrilegios:: Y vosotros, ó santos altares, vosotros digo ¿no podeis contener la temerarias resoluciones del fanatismo? La heregia á ninguna cosa respeta. Triste silencio de los sepulcros, venerables cenizas de los príncipes, de los mártires y de los santos, vosotros suministráis al deseo cruel de los *Husitas*, objetos dignos de su furor. Ellos creen que con un paso audaz y atrevido pueden hollar la tierra que encierra sus apreciables depósitos. Con el acero en la mano intentan penetrar en esos respetables abismos desde donde *Juan Nepomuceno* defiende á la *Bohemia* y á la Iglesia. Se atreven sí; pero á un mismo tiempo se manifiesta tambien el delito y la pena.

Aún os falta, príncipe desgraciado, otro castigo mayor en pago del reflexionado atentado que cometisteis en haber sacrificado á vuestras locas presunciones á *Juan Nepomuceno*. En vos se cumple el dicho del Profeta: la justicia triunfará hasta de los mismos reyes, y sus enemigos le llenarán de confusion. *Ipse de Regibus triumphabit, et Tyranni ridiculi ejus erunt* (1). La sangre del mártir y su triste recuerdo, parece que llevaban el espanto al alma inquieta de su perseguidor. Aborrecible á sus vasallos, menospreciado de los príncipes de Alemania, privado del im-
pé-

(1) Habac. I. v. 10.

pério (1) y lleno de remordimientos, murió Wenceslao, y con su imprevista falta pagó en la Bohemia, y tal vez en la otra vida, la injusta y premeditada muerte de *Juan Nepomuceno*.

Su sepulcro nos presenta dos diferentes aspectos. Enterrado Wenceslao en el de sus padres, vemos que permanece en el olvido. Si alguno se acuerda del tiempo en que reynó, no es para otra cosa que para lamentarse de los tristes horrores de su dominacion, y añadir á su nombre los desgraciados títulos que caracterizan la indolencia, la locura, el furor y la inhumanidad.

Desde las orillas del Moldaw se trasladó con respeto el cuerpo de *Juan Nepomuceno* á aquellos antiguos y venerables sepulcros en donde descansan las cenizas de tantos hombres grandes, que fueron la gloria de la Iglesia y los apóstoles de la Religion (2). Allí es visitado de los fieles, honrado de los grandes y respetado del universo.

Aun no habia aprobado la Iglesia su culto, quando ya el reconocimiento de los pueblos se adelantaba á solicitarle como á oráculo solemne, cuya confianza y piedad acreditaron lo bien fundadas que estaban en sus continuados prodigios. Entre ellos existe todavía uno muy singular, qual es la lengua de *Juan Nepomuceno*. Esta, aunque muda, pro-

(1) Hist. del Imper. por *Heir.*

(2) *Hymni in hon. sancti Joan. Nep.* Hist. de la guerra de los Husitas por el citado *Lenfant*, tom. I.

pronuncia una sentencia que consagra la causa de sus sufrimientos y el motivo de su martirio, determinando, en fin, el modo de sentir de la Iglesia. *Lingua ejus loquetur judicium* (1).

Esta lengua, pues, á quien no pudieron hacer infiel las promesas, fué la prueba de las amenazas, de los tormentos y de la muerte. Esta lengua siempre incorruptible entre los descarnados huesos de un cuerpo casi reducido á ceniza, triunfa del tiempo, como triunfo de las persecuciones. Los suplicios no pudieron vencerla: el tiempo no ha podido corromperla. Ella subsiste para deshonra de Wenceslao, desesperacion de la heregía y gloria de la Iglesia; testificando por todo el mundo el secreto de la confesion, animando el zelo de los ministros, fortificando á los fieles, destruyendo las acusaciones del error y anonadando las blasfemias de la impiedad. Subsiste, en fin, y aquel continuo milagro que la Iglesia testifica (2) y admira la Bohemia, prueba evidentemente, como seguro é incontrastable, que el mismo Dios que estableció la Religion, la conserva. *Lingua ejus loquetur judicium*.

De aquí proviene esa comun veneracion por la memoria de *Juan Nepomuceno*. Mas esta no se limitó precisamente á la Bohemia. La Alemania, Italia, España, Polonia y Flandes concurren como á porfia, para dar las mas

(1) Ps. 36. v. 30.

(2) *Bulla Canoniz. Sancti Joan. Nep.*

brillantes pruebas del amor y del zelo de este santo mártir.

Del mismo modo que vemos á nuestros difuntos monarcas representados en esas grandes plazas, donde parece que aun están respirando en medio de sus pueblos, de quienes fueron ó sus conquistadores, ó sus padres ó defensores; así tambien nos representan á *Juan Nepomuceno* una infinidad de imágenes respetables, tanto en las ciudades, como en la corte y en los pueblos, á quienes mantuvo en su reputacion, defendió sus intereses y aseguró su felicidad::

Vuestras virtudes y vuestra gloria, ó santo admirable, no se ignoran en Francia. Contais en ella zelosos individuos que forman una piadosa y sabia Compañía (1), tan formidable á los hereges, quanto útil á la Iglesia. Nuestros guerreros capitanes, no menos virtuosos que valientes, nos enseñaron (2) con quanto zelo os invocaban en la Bohemia, teatro de vuestro apostolado y de su valor; pero el establecimiento de vuestro culto en esta corte, estaba reservado á la piedad de una augusta-reyna (3), cuya persona es un perfecto modelo que nos enseña el modo de honrar á los santos por la imitacion de sus obras: puesta á los pies del trono nos instruye, y, por decirlo así, nos avergüenza. Encarga, que

(1) Los Jesuitas.

(2) En la Guerra de Bohemia.

(3) Cofradia establecida en la Iglesia de dichos Padres Recoletos de Versailles.

celebrémos vuestras virtudes, sin permitir que publiquemos las suyas. Procurarémos admirarlas; y nuestro silencio, dictado por el respeto, imitará, á lo ménos en este punto, á aquel que vos consagrais á la Religion. Felices, si los exemplos que nos dais, juntos con los que hasta aqui nos habeis presentado, nos hacen fieles á nuestras obligaciones sobre la tierra, y dignos de poseer la misma corona en el cielo. Amen.

